



“Hagámoslo de Nuevo”: Reflexiones adicionales sobre el Eros y el Apego¹

Virginia Goldner²

Studies in Gender and Sexuality y Psychoanalytic Dialogues

Stephen Mitchell (1997) escribió que "El psicoanálisis y la degradación del Romance", el artículo en el que se basó el libro "*¿Puede durar el amor?*", fue el que provocó más comentarios, tanto a nivel intelectual como personal, de todo lo que había escrito. Estas repercusiones han continuado, sin disminución tras su fallecimiento. Una de las muchas respuestas a su trabajo en esta área tomó la forma de un Seminario on-line de tres semanas de la *Asociación Internacional de Psicoanálisis y Psicoterapia Relacional* (IARPP) (marzo de 2003), que también comentaba otro documento mío, "Apego y Eros: ¿Opuestos o sinérgicos?" (Goldner, 2004) que proponía una tesis alternativa sobre el destino del amor romántico a largo plazo. En el coloquio de la IARPP muchos fueron de la opinión de que, aunque Mitchell y yo utilizábamos diferentes estrategias intelectuales, nuestra solución relacional a la (aparente) oposición entre el apego y el eros es reduccionista, ya que ocluía el paso a un completo reconocimiento de los aspectos uni-personales de la sexualidad. Por el contrario, desde mi posición yo argumentaba que el trabajo de Mitchell era reduccionista, porque desechaba de plano los aspectos bipersonales de la intimidad romántica (especialmente la importancia del tercero). Los participantes más interesados por la sexualidad argumentaban que Mitchell *subestimaba* la incompatibilidad fundamental entre el eros y el apego, pero mi preocupación por la relación me llevó a afirmar que él *sobreestimaba* este antagonismo y, en última instancia, propuse un medio para deconstruir ésta oposición totalmente.

Palabras clave: Amor romántico, Eros, Apego, Relacionalidad.

Stephen Mitchell (1997) wrote that "Psychoanalysis and the Degradation of Romance," the paper on which the book *Can Love Last* was based, provoked the most feedback, both intellectual and personal, of anything he had ever written. These reverberations have continued, unabated by his passing. One of the many responses to his work in this area took the form of a 3-week International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy (IARPP) online symposium (March 2003), which also addressed a paper of mine, "Attachment and Eros: Opposed or Synergistic?" (Goldner, 2004) that proposed an alternative thesis about the fate of romantic love over the long term. Many on the IARPP colloquium took the position that although Mitchell and I used different intellectual strategies, our relational solution to the (apparent) opposition between attachment and eros was reductive because it occluded a full reckoning with the one-person aspects of sexuality. By contrast, my position argued that Mitchell's work was reductive because he gave short shrift to the two-person aspects of romantic intimacy (especially to the importance of the third). Those primarily concerned with sexuality argued that Mitchell *underestimated* the foundational irreconcilability between eros and attachment, but my concern with relationality lead me to argue that he *overestimated* this antagonism, and I ultimately proposed a means to deconstruct this opposition altogether

Key Words: Romantic Love, Eros, Attachment, Relationality.

English Title: "Let's Do It Again": Further Reflections on Eros and Attachment

Cita bibliográfica / Reference citation:

Goldner, V. (2009). "Hagámoslo de nuevo": Reflexiones adicionales sobre el Eros y el Apego. *Clínica e Investigación Relacional*, 3 (2): 226-240.

[<http://www.psicoterapiarelacional.es/CeIRREVISTAOnline/CEIRPortada/tabid/216/Default.aspx>] [ISSN 1988-2939]

"¿Puede durar el amor?", el último libro Steve Mitchell (2001) sobre el destino del amor romántico a largo plazo, se publicó póstumamente en el Día de San Valentín de 2002. Algunos años antes, escribió que el artículo en el que se basó el libro había provocado más comentarios, tanto a nivel intelectual como personal, de todo lo que había escrito.

Estas repercusiones han continuado, sin disminución tras su fallecimiento. En la reunión inaugural de la *Asociación Internacional de Psicoanálisis y Psicoterapia Relacional* (IARPP), en enero de 2002 (Gerson, 2002; Goldner, 2002; Stein, 2002; Wrye, 2002), se presentó en su honor un panel de trabajos inspirados en el libro, y al año siguiente, otro grupo de trabajos se publicó en *Psychoanalytic Dialogues* (Goldner, 2004; Ogden, 2004; Orbach, 2004). En marzo de 2003, un simposio on-line de tres semanas de la IARPP abordó el tema una vez más, revisando tanto el artículo original como mi artículo de los PD, que ofrecía otro marco de referencia para la formulación de estas cuestiones (Goldner, 2003). Muchos artículos de este número de PD empezaron siendo correos en el coloquio de la IARPP, un diálogo colectivo de tal creatividad, velocidad y rigor, que a los pocos días de su lanzamiento yo ya me refería a mi artículo como algo que yo había producido "hacía mucho" porque el blanco móvil del pensamiento grupal lo había transformado y ampliado tanto que mi proyecto inicial ya parecía viejo.

El interés clínico en la pasión romántica y su capacidad de permanencia parece ahora estar en el ambiente, al haber escritores de muchas tradiciones académicas y clínicas que ponen en juego sus argumentaciones en muy diversos foros. A modo de ilustración, Helen Fisher, una antropóloga evolutiva, publicó *¿Por qué Amamos?* en 2004, un debate sobre la "naturaleza y la química del amor romántico", y Ethel Person, que ha considerado estas cuestiones a lo largo de su larga carrera, recientemente revisó el asunto al ocuparse de las vicisitudes de las relaciones amorosas a largo plazo, en la Conferencia Plenaria de la reunión de 2005 de la *Asociación Nacional para el Avance del Psicoanálisis* (comunicación que yo debatí). De la manera más espectacular, la terapeuta de familia Esther Perel (2006) acaba de publicar un importante libro de amplia venta, *Apareamiento en cautividad: reconciliando lo erótico con lo doméstico*, que le debe mucho a la obra de Mitchell. Ya se están elaborando un audio-libro y numerosas traducciones, y su potente Web produce danzarinas y jugosas citas visuales que parecen extraídas de *¿Puede durar el amor?* ("Reconciliar lo erótico y lo doméstico no es un problema a resolver, sino una paradoja que gestionar", escribe el o la responsable de la web, en una magnífica versión del perfecto tono de Mitchell; véase <http://www.estherperel.com/>).

Antes de Mitchell, nadie había cuestionado que a largo plazo el destino del amor romántico y de la pasión sexual era terminal. En palabras de otro gran experto en el amor, cuyo erudito y ambivalente apoyo al amor romántico captó la atención de Steve, el analista John Munder Ross (1991) escribió que "al amor le pisa los talones el sentimiento de que no puede durar" (pág. 461). Enmarcando el problema como una contradicción inherente entre lo ordinario y lo extraordinario, Ross argumentaba que "cuando las exigencias de la realidad ordinaria quedan subsumidas por las cumbres del amor espiritual y las necesidades sensuales, se vuelve complicado... ocuparse de los propios negocios" (p. 460). Person (2005) señaló prácticamente el mismo punto y en los mismos términos: "Ninguna obsesión tan irresistible como el amor romántico es completamente compatible con la vida y las obligaciones cotidianas" (p. 7).

Munder Ross (1991) inicialmente dio un giro psicoanalítico al problema, cuando dijo

que los amantes "se sienten... atrapados, distraídos y controlados por su pasión, en el amar y ser amados, [tanto que] inevitablemente tratan de escabullirse"(p. 460). Aunque pronto se perdió en la norma de los años cincuenta, que opinaba que el romance es un juego de una persona joven, porque "en ningún otro tiempo después la persona responsable tendrá el ocio y la energía para gastar en el amor, tan apremiantes son las demandas de la construcción del nido " (p. 470).

En este discurso, la ecuación del exceso con la inmadurez y la renuncia con la edad adulta se da por supuesta, más que ser cuestionada. Como consecuencia, la desgana mental para soportar los sentimientos intensos, y a menudo amenazantes, provocados por el amor romántico, se torna poco apreciable, es racionalizada como la consecuencia necesaria de las exigencias psíquicas y sociales del desarrollo adulto. Por tanto, el aplanamiento de la pasión en las relaciones a largo plazo viene a parecer general y axiomático, cuando en realidad es profundamente personal y psicodinámica.

El trabajo de Mitchell sobre el amor romántico quería trastornar aquel proyecto defensivo deconstruyendo las resistencias - personales, metapsicológicas y culturales - para sostener unas relaciones sexuales íntimas y vibrantes a largo plazo. Su crítica cultural del matrimonio se centró en la noción de que era el sitio de una falsa adultez que proporcionaba una racionalización cultural con que fusionar una frialdad pseudo-madura con el ser una persona mayor, convirtiéndose en facsímiles de cartón de los adultos que nuestros padres antaño pudieron parecer.

Esta crítica ideológica, aunque no era un elemento central en el proyecto global de Mitchell, devino un tema importante en la discusión de la IARPP. Como muchos críticos culturales han mostrado, la *antirromántica* acepción de Munder Ross sobre el matrimonio tiene el peso de precedentes históricos de su lado. Marc Blechner (2003a), entre otros, argumentó que

durante la mayor parte de la historia humana, no se presumía que el matrimonio y el deseo tuvieran que ir de la mano. El matrimonio era primariamente una institución diseñada para producir niños y estabilidad socioeconómica. Los recién casados eran a menudo extraños, el dinero era más importante que el romance y el amor no era la clave, sino más bien un obstáculo para el éxito de un matrimonio.

Blechner pasó a describir muchas culturas, pasadas y presentes, incluidas subculturas americanas, en las que la estabilidad matrimonial y el amor sexual, *no se suponía* que se dieran juntos. Demostrando que la "romantización" del matrimonio es un desarrollo ideológico relativamente reciente que aún está lejos de ser universal, Blechner también planteó la cuestión de la acción coercitiva de las normas. Sostuvo que la presunción de la "salubridad" de mantener el amor, el sexo y el romance dentro de una sola relación a lo largo de la vida puede llevarnos (¿ha llevado?) a patologizar las otras alternativas, aunque probablemente la mayoría de la gente "fracase" en el objetivo de mantener una monogamia a largo plazo que sea eróticamente convincente.

No es de extrañar, que Mitchell haya tenido más éxito en formular su planteamiento para el romance a largo plazo cuando lo argumentaba en términos psicológicos. Aquí está de nuevo su tesis central: Romance y pasión se degradan en las relaciones a largo plazo, no porque sean seguros y cómodos, sino porque son peligrosos y arriesgados. El amor íntimo implica una profunda dependencia de otra persona que no podemos controlar, una condición de desamparo que es potencialmente humillante y exasperante. "La pasión romántica exige la rendición a una profundidad de sentimientos que deberían venir con garantías" escribió,"

pero no hay garantías "(2001, p. 54). Estar enamorado de alguien de hecho es una dependencia muy peligrosa, concluyó, y en una de mis favoritas astutas inversiones, Mitchell (1998) mostró una pizca de sabiduría convencional al describir el matrimonio, este emblema de la domesticación del envejecimiento, como un "acuerdo peligroso" (p. 571), no recomendable para los débiles.

El punto de vista de Mitchell es que la reconfortante pero *anti-apasionada* sensación de seguridad que atribuimos a las relaciones de amor en las relaciones primarias no nos viene dada, sino que es un adormecimiento y embotamiento mutuamente orquestados, y motivados inconscientemente por la necesidad de manejar la enorme vulnerabilidad emocional que viene junto con una larga tradición de compromiso romántico. Llegar a la pasión enterrada bajo hábitos incrustados, de desviación, retirada y resentimiento puede implicar un enorme riesgo, y la estimulante visión romántica de Mitchell es que el compromiso a largo plazo requiere un acto de valentía. Él resume el potencial para la renovación en una breve frase: "Sin riesgo, no hay ganancia" (2001, p. 136).

Mis cuestionamientos a estas tesis elegantes y de relevancia social figuran en mi trabajo "Apego y Eros: Opuestos o sinérgicos" de 2004 (a continuación va un breve resumen de mi argumento). Pero mi diálogo póstumo con Steve Mitchell no fue el primero en que los lectores se enfrentaron al reto de este material y de esta mente. La descarga inicial fue disparada por Stein (comunicación personal a S. Mitchell, 15 de marzo de 1998), cuya respuesta al artículo (Mitchell, 1997) que sirvió de base a "¿Puede durar el amor?" se publicó al año siguiente en *Psychoanalytic Dialogues* (Stein, 1998), junto con una extensa réplica de Mitchell (1998).

Stein plantea una visión alternativa de la pasión sexual como una experiencia muy densa, de muchas capas, y con formas altamente complejas de acción psíquica. Desde esta perspectiva, la idea de Mitchell de que la disminución de la pasión erótica entre compañeros a largo plazo podría ser plenamente compensada (y revertida) redirigiendo su evitación defensiva de la intimidad, parecería más bien una simplificación ilusoria. Sus escritos en este ámbito, han formulado muchas de las cuestiones que subyacen a lo que se ha surgido como la contratesis post-clásica al análisis relacional de Mitchell, del por qué la pasión se desvanece en las relaciones de amor a largo plazo y lo que, en todo caso, se puede hacer al respecto.

Stein halló insuficiente la alternativa puramente relacional de Mitchell a la visión trágica de Freud de un eros aguerrido, ya que privilegiaba "la relación con el objeto por encima del vector del erotismo autodirigido" (Stein, 2001, p. 6), y no participó en la paradójica complejidad de las relaciones entre el eros, el dolor y la muerte ("'Pasión', como 'pathos' se deriva del sufrimiento, y prospera en la ausencia, el dolor, la falta, la imposibilidad"; Stein, 2001, p. 2).

Mitchell y Stein, cada vez compartieron más terreno en común en términos de su teorización sobre el lugar de la pasión en la vida psíquica. Ambos abordaron la importancia de lo desconocido y de la transgresión, y más tarde compartieron el reconocimiento del significado de la entrega. Sin embargo, se siguió manteniendo una diferencia fundamental entre ellos, que Stein destiló como una en la que ella veía "una inherente disyuntiva entre el amor y la pasión, allí donde [Mitchell] sostuvo que estaban en conjunción "(comunicación personal a S. Mitchell, marzo 15, 1998).

Ella propuso que esta distinción reflejaba y también era el resultado de las diferentes formas que ambos tenían de conceptualizar la pasión y sus riesgos. Para Mitchell, el

encanto de la pasión estaba en su alteridad (la "otredad" de los otros), y su riesgo en la amenaza de la dependencia de un ser querido destrozado como resultado de lo hiriente, de la traición, o del abandono del amante. Por el contrario, Stein hizo hincapié en la pasión como una búsqueda interior que "concierna al self, a sus límites, y a lo que está más allá de ellos, que no es necesariamente el otro (humano)" (Stein, 2001, p. 5). Este aspecto de intenso interés en sí mismo del eros está, en su opinión, "más allá de las relaciones de objeto", y su encanto y su riesgo conciernen "al abismo existencial de la nada" (comunicación personal a S. Mitchell, 15 de marzo de 1998) y en el "sumergirse en el olvido" (Stein, 2001, p. 7) que ella y otros (Bataille, 1986; Gante, 1990; Bersani, 1995; Stein, comunicación personal a S. Mitchell, marzo 15, 1998) han caracterizado como una especie de experiencia de muerte.

La tensión entre estas perspectivas uni y bi personales, o como Fairbairn podría haber dicho, entre "la búsqueda del placer (que incluye el dolor)" y la "búsqueda del objeto de las" teorías de la sexualidad, preocupó en el coloquio online de la IARPP, que se encontró inmerso en el desafío de contener esta oposición. Slavin, (2003) por ejemplo, especula que la pregunta de Mitchell acerca del amor romántico y de su "degradación", aunque no plenamente satisfactoria, en última instancia, fue un vehículo para él para participar en un mayor y más ambicioso proyecto teórico:

...dar un marco relacional, una visión intersubjetiva de la explicación intrapsíquica y basada en las pulsiones de Freud entre la confrontación universal entre el deseo y el apego... [y ofrecer] una comprensión revisada... de la fuente de inmenso peligro que crea la necesidad, imperiosa, irresistible y que amenaza al poder con la transgresión del deseo erótico.

Dimen (2003b) evocó esa singular amenaza en un correo muy próximo a la experiencia:

La pasión es peligrosa porque es traicionera. Caer en una pasión es traicionar la lealtad a los objetos primarios, al self que uno conoce, al self que uno idealiza y al propio cuerpo. Es un peligro para los demás así como para el self. Aquí está la amoralidad de Fausto, lo asocial que Freud pensaba inherente al sexo.

Pero en la discusión de la IARPP, como en los primeros intercambios entre Mitchell y Stein, la claridad del debate a veces quedaba comprometida por el carácter ambiguo y resbaladizo de sus términos y categorías clave. El *romance*, la expresión que he utilizado para introducir las ideas de Mitchell, y la *pasión*, el término que prefieren sus críticos, pueden ser demasiado fácilmente usadas de forma intercambiable, sin especificar sus distinciones, combinando sus significados, como lo fueron en los escritos Mitchell. (Esto es parcialmente un artefacto del argumento más extenso que Mitchell había puesto en juego, en el que ambos términos se colocaban en oposición a otra confusa categoría, *apego*, la cual se fue tornando progresivamente más borrosa a medida que Mitchell comenzó a utilizarla indistintamente con *dependencia*).

La crítica de Stein al intento de Mitchell por utilizar una estrategia puramente relacional para resolver el (aparente) antagonismo entre el apego / amor y el deseo / eros (nótese mi uso de otro conjunto de términos) se dirigía en última instancia, a la insuficiencia de su tesis, cuando se aplicaba a las relaciones sexuales y la sexualidad. Aunque mi crítica de Mitchell apuntaba en el sentido de la sexualidad, ahora veo, como él, que yo estaba dedicada principalmente a la teorización del amor romántico y, a falta de un término mejor, pasión romántico / relacional. (Gracias a la riqueza de la discusión de la IARPP, ha quedado

claro que la escritura profesional no llega a capturar los matices cotidianos de la experiencia sexual, mientras que otras formas de escritura que dependen de la imaginación o la descripción más íntima, pueden llegar al lector más profundamente.)

Creo que Steve y yo glosamos las características y complicaciones de la sexualidad (al tiempo que parecíamos escribir sobre ellas), porque la sexualidad no era nuestro objetivo final en estas declaraciones. En lugar de ello, estábamos animados por un poderoso motivo ideológico - rescatar el matrimonio (cualquier emparejamiento a largo plazo) del bache de lo obvio. La omnipresente idea de que el matrimonio domestica la sexualidad ha fomentado el sentido de que tales relaciones son fáciles e insípidas, y que la sexualidad a largo plazo no merece mucho un pensamiento serio o creativo. En nuestras diferentes maneras, cada uno buscábamos rescatar el lecho matrimonial de aquellos libros de asesoramiento "Echa pimienta a tu matrimonio", mostrando que a largo plazo las relaciones de amor están llenas de rigores y peligros y que el viejo amor puede ser muy sexy para aquellos dispuestos a arriesgarse a amar.

Sin embargo, nuestro énfasis estaba en el corazón, no en el cuerpo. En mi versión de ese género sexual romántico, yo estaba dedicada principalmente a los aspectos intersubjetivos del encuentro entre amantes con una historia. Como yo estaba apuntando al aspecto de la carga erótica de mutualidad, no tuve en cuenta la plena gama de relaciones sexuales y estados de ánimo que todos experimentamos, especialmente a aquellos "oscuros" deseos y prácticas que se sienten más "impulsadas desde dentro," las que típicamente experimentamos como más objetivantes del self y del otro. ("la 'Pasión' es un oscuro asunto", Stein (2003) escribió," no necesariamente brotando del amor, sino posiblemente de muchos otros afectos... el anhelo del cuerpo que se siente sin afecto o [incluso] la estimulación directa").

La mía era una visión intencionadamente relacional/romántica de lo erótico, destinada a mostrar cómo el apego y la sexualidad pueden reforzarse mutuamente en lugar de ser inherentemente opuestos. Muchos en el coloquio de la IARPP tomaron la posición de que aunque Mitchell y yo utilizábamos diferentes estrategias intelectuales, en realidad nuestra solución relacional a la (aparente) oposición entre el apego y el eros era reduccionista porque obstruía el reconocimiento completo de los aspectos de la sexualidad en *una*-persona. Por el contrario, mi posición era que el trabajo de Mitchell era reduccionista porque daba poca importancia a los aspectos bi-personales de la intimidad romántica (especialmente con la importancia del tercero). Aunque los interesados principalmente en la sexualidad sostenían que el trabajo de Mitchell infravaloraba la incompatibilidad fundamental entre eros y apego, mi preocupación con la relacionalidad me llevó a afirmar que este antagonismo estaba sobreestimado, y en última instancia, propuse un medio para deconstruir completamente esta oposición.

La seguridad como un Tercero

A pesar de todo lo que es correcto, incluso mutativo, en la tesis central de Mitchell, yo me he sentido siempre incómoda con la forma en que él desarrolló la idea de que el distanciamiento mutuamente colusivo, impulsado por la necesidad de manejar el riesgo emocional, es lo que subyace en el amortecimiento de la pasión en las relaciones a largo plazo. Como alguien que dedica muchas horas clínicas con parejas al límite, encontré el énfasis retórico de Mitchell sobre el peligro y el riesgo como manantiales de la excitación sexual) como que sutilmente trataban inadecuadamente la importancia sexual de la

seguridad en las relaciones relevantes.

Mitchell hizo una distinción entre la seguridad, que vio como una necesidad en las relaciones a largo plazo, y las *operaciones* defensivas que pueden hacer tornar las relaciones opresivamente "acogedoras". Pero su énfasis en la seguridad-como-invencción constante lo llevó de forma consistente a *tomar la seguridad misma como dada* y por lo tanto, a dejar de lado y no reconocer teóricamente lo que es más importante desde el punto de vista bi-personal.

En mi experiencia clínica y personal, la seguridad relacional no es primariamente una evasión inconsciente ni una evasión de evitación del compromiso, es un profundo logro interpersonal. El riesgo de estar enamorado con la persona que amas es posible sólo en un contexto de seguridad -no la flácida seguridad de una tibia convivencia, sino una seguridad dinámica, pero cuya solidez se va estableciendo a través de lo vivido en la historia de la pareja de toma de riesgos y de su resolución - los ciclos interminables de ruptura y reparación, de separación y reunión, de ganar y perder que constituyen la historia de la auténtica intimidad no-coercitiva.

El amor romántico en las relaciones a largo plazo no es sexy simplemente porque es "peligroso", *sino también porque los compañeros hacen este peligro seguro*. Ellos hacen bien en sus promesas de amor una y otra vez, a pesar del daño que inevitablemente se causan entre sí. Yo diría que no es "lo exótico" lo que necesariamente se libidiniza en las relaciones a largo plazo, sino el dolor. Está el dolor de estar poseído por una profunda necesidad hacia el otro, el dolor de soportar los inevitables abandonos y heridas que vienen por este lado, y en las mejores condiciones, el dolor propio que se cura por el hecho de tener el reconocimiento y la reparación por parte del otro que la provocó.

El apego adulto, según sostenía Benjamin (2003), debería idealmente crear un contenedor para el desbordamiento de ciertas clases de excitación sexual - y no estoy haciendo el clásico argumento de Robert Stoller (1979) de que la excitación sexual unipersonal es un intento, repetido una y otra vez, de deshacer traumas y frustraciones de la infancia. Aunque creo que la libidinización del dolor es una tendencia omnipresente en la vida erótica, y pongo el énfasis en el potencial relacional de trauma y de reparación del erotismo bi-personal, así como en las trágicas conexiones entre amor y pérdida. Cada díaada debe construir su particular escenario, una especie de terceridad, que puede abarcar tanto las rupturas como la excitación porque la experiencia del amor romántico con *esta persona en particular* deviene imbuida de una densidad afectiva particular de esta relación, con sus específicos patetismos, momentos de transformación, e historia traumática. Benjamin sugirió que lo que falla en general en las parejas es la construcción de esta terceridad, y que lo que generalmente falla dentro de nosotros es nuestra confianza en este tercero. Teniendo en cuenta que todos somos más vulnerables y frágiles, como no podría ser de otro modo, el fracaso tiene que ser omnipresente. En este sentido, la aceptación del fracaso y la continua reconstrucción del tercero es la labor continuada de la relacionalidad romántica.

Hay una profunda paradoja en este proyecto, pues encontrar el valor de arriesgar incondicionalmente de todo corazón, a pesar de los riesgos reales, requiere la creación de condiciones de seguridad aunque al mismo tiempo se empujen hasta el límite. Las parejas deben sostener y dejarse sostener en manos de la relación, mientras actúan en calidad de agentes individuales dentro de ella. En tales condiciones, el deseo de aventura y la necesidad de seguridad pasan de ser asuntos de una persona, impulsados exclusivamente

por la dinámica interna de cada uno de los componentes, a ser las experiencias bi-personales que co-evolucionan a lo largo de una larga relación, cada una enmarcando a la otra, sostenidas en la tensión de figura y fondo.

Una vez inmersos en esta apasionante historia, la dependencia puede dar combustible, en vez de amortiguar el drama del deseo. A través de la acción relacional de la mutualidad, la dependencia se puede transmutar de un secreto vergonzoso de necesidad de una persona en un, vitalizante y dinámico estado de riesgo conjunto, que ahora puede transformarse en esta falta que es el deseo. Piensen en ello de esta manera. Donde el temor del abandono o de la herida narcisista nos mantiene fuera del lecho, el riesgo de ruptura cuando hay esperanza para la reparación nos impulsa dentro ¿No es esto la dialéctica que hace del sexo en las relaciones auténticamente íntimas y profundas tan difícil? Inventar el sexo, en palabras de Seinfeld? La estrategia de Mitchell era enigmatizar lo familiar como una estrategia para revitalizar lo erótico -todas las versiones de la pregunta, "¿Realmente la conoces?" Pero yo preguntaría si realmente tenemos que buscar lo extraño en lo familiar, para convertir el viejo amor en nuevo, y que así de nuevo devenga sexy. Quizás en el amor a largo plazo las relaciones siguen otra trayectoria erótica a trabajar. No es necesariamente el (re)descubrimiento de la última alteridad del amante lo que enciende la mecha, sino el (re)descubrimiento de que, en esa persona *a la que se conoce profundamente*, amamos y necesitamos, sentimos la emoción y el alivio de descubrir, que también ella está viniendo a nosotros, eso se convierte en la llave.

Fairfield (2003) vio el continuo reciclaje de este momento "¡tu estás aquí aún después de todo!" como una erotización relacional de la experiencia "fort-da" del niño. Creo que esta es una excelente analogía. Piensen en el momento de reunión en todos los estudios empíricos del apego infantil. Cuando la madre deja al niño con un extraño suficientemente bueno en una situación de laboratorio, el pequeño, que se siente seguro, es el que es capaz de arriesgarse revelando la magnitud de su temor y dependencia. Pelea por lograr el retorno de su madre mediante irritadas protestas y rechaza ser persuadido por este sustituto edulcorado. El niño seguro es el que soporta el temor de saber que solamente su *insustituible* puede restituirle, aún cuando fue su amada madre en persona quien priorizó su implacable e individual deseo de partir por encima de la urgencia de éste de que ella se quedara.

Aunque tal madre no puede ser domesticada, puesto que continuamente está yendo y viniendo, también sostiene y metaboliza la protesta del niño como parte del tejido de su intencionalidad. Cuando finalmente se reúnen, la palpable alegría del pequeño y su alivio son una muestra de que ése no teme mostrar cuánto la quiere, la necesita y todavía confía en ella. Es sólo después del mutuo reconocimiento de su sufrimiento que él aguanta en manos de su madre, combinado con el alivio emocional compartido que produce el reencuentro, que cada uno puede volver a ser sí mismo. ¿Cuánto más romántico se puede ser?

A mi entender éste es el modelo que puede dar combustible a las relaciones de intensidad erótica a largo plazo, cicatrizando las brechas (de género) entre seguridad y eros. En lugar de la madre confinada a la casa que *tiene que* estar ahí, o del excitante padre que *resulta* estar ahí, aquel del que nos enamoramos una y otra vez es el que *quiere* estar ahí. Cada vez que los miembros de la pareja se reencuentran después de una separación, pérdida o daño emocional, traen consigo nuevas desde el exterior a la seguridad del hogar, que está ahora imbuido de su propia reluciente intensidad, precisamente porque nos hemos marchado.

A diferencia de la carga eléctrica de un cuerpo extraño, la rendición ante aquél que amamos y odiamos tiene lugar en el umbral de la posición depresiva. Como Davies (2002) argumentó, este tipo de pasión se sustenta en la tensión entre la idealización y la desidealización, en cuanto los miembros de la pareja se comprometen en la dialéctica entre las extáticas subidas de la mutua adoración y los atroces descensos de la decepción y la pérdida narcisista. El amor duele. Pero también puede ser combustible para la transformación desde *el blanco calor de lo nuevo* en lo que Davies llamó:

...las brasas del fuego de la noche avanzada...que como saben los fans de este tipo de fuego, pueden proporcionar fuego durante un período de tiempo más largo que las llamas del fuego de la noche anterior, que se abrasan a si mismas dejando poco más que cenizas (p.12).

Una vez de nuevo a salvo, la seguridad y la aventuran oscilan en la medida en que cada miembro provee una base segura para la aventura de la exploración sexual, liberando la *otredad* del deseo propio de encontrar lo extraño en la subjetividad del amante. Aun cuando esta caracterización resulte demasiado metódica, mientras el objeto y las madres ambientales que el niño winicotiano (y nuestra propiedad) separa no mantienen sus manos fuera el uno del otro una vez la pasión manifiesta su reclamo. De este modo, lo familiar y lo nuevo, el cuerpo que se conoce y se necesita, y aquel que descubres y destruyes, se interpenetran en el calor del erotismo simultáneo.

Pasión Sexual: Intersubjetividad y Multiplicidad Psíquica

El sexo comercia con la emoción de descubrir, una vez tras otra, que somos unos desconocidos para nosotros mismos. Ciertamente, una de las observaciones centrales de Mitchell fue que el "telos" del sexo trata del viaje hacia lo desconocido. Podríamos pensar acerca de esta dialéctica entre lo familiar y lo exótico, lo conocido y lo desconocido, como una erotización de la sub-fase practicante de Mahler: nuestro "love affair" de toda la vida con el mundo. Pero a diferencia de las exploraciones de un niño pequeño, lo que constituye una aventura sexual no es sólo la novedad del Otro, aunque esto siempre ayuda, sino la cualidad de ser "otro" del propio self.

La transformación del self ordinario diurno al estado transgresor del self del sujeto erótico es fundamental para un estado de ánimo sexual. Los eventos que invocan este estado interno de "ser otro" son productos de la acción psíquica de nuestras mentes múltiples, distribuidas y descentradas. La multiplicidad psíquica, la acción cotidiana de disociación, juntamente con las características específicas y únicas de la vida erótica (como la falta de narrativa social para situar la sexualidad en la vida psíquica de los niños; ver Davies, 2002), conducen a la segregación de los estados sexuales del self de otras experiencias del self (el yo que conozco vs el que me encuentra).

En el coloquio de la IARPP Stern (2003) desarrolló este concepto en su discusión sobre "hasta qué punto amor y sexo deben ser experimentados como diferentes estados del self." Nos pidió que consideráramos un rango de posibilidades dentro de un espectro dirigido a la disociación. La separación entre amor y sexo, ¿es inconsciente y no comprendemos la razón de la misma? ¿O es una elección compartimentada, quizás incluso con conocimiento? ¿Puede una persona experimentar, parte del tiempo, amor y sexo dentro del mismo estado del self, quizás oscilando libremente entre los varios estados del self en los cuales se experimentan amor y sexo? ¿O debe haber algún tipo de condición de cambio rígida, regulada inconscientemente, hacia un estado aislado donde empieza el "sexo" y del cual se

regresa más tarde?

Aunque la subjetividad erótica no es únicamente, o incluso primariamente, intersubjetiva en el sentido "Yo-Tu", siempre es intrasubjetiva en el sentido de que la excitación sexual implica un encuentro entre un "Yo" subjetivo familiar y un "mí" menos conocido, en realidad múltiples "mí". Cada self erótico puede ser invocado por una fantasía incipiente provocada por una imagen, un toque particular, una sensación interna de afecto, una memoria inconsciente, una palabrota, una experiencia de la experiencia del otro, etc.

Estas claves y las subjetividades que evocan, constituyen los principios de un guión erótico que implica que una multitud de partes del cuerpo, partes-objeto, y objetivaciones del self (una relación erótica entre un Yo y un mí) se encuentren con las correspondientes del amante. El sujeto sexual excitado, que ya es un self diferente del Yo diario y, que en cierta manera está "en el papel" de objeto o sujeto del deseo, poco dispuesto o insistente, tierno u hostil, conectado o absorto en sí mismo, o alguna mezcla contradictoria — es el que co-convoca la situación erótica con el otro externo.

A medida que la puesta en escena se desarrolla y la multitud se reúne, las condiciones resultantes de pasión sexual suponen y producen a la vez una intensificación de estados cambiantes del self. Cada agrupación erótica de las partes y todos, debe rendirse a la historia representando la escena con la convicción firme de un actor metódico. Encender las luces, incluso para un pensamiento pasajero, rompe el hechizo.

Benjamin teorizó cómo la vulnerabilidad, el riesgo y la confianza contenidos en la situación sexual intersubjetiva crea un contexto para su acción fantástica deconstructiva. Ha mostrado cómo los amantes pueden sintonizar cinemáticamente a nivel intersubjetivo al mismo tiempo que se giran hacia su interior para acceder al dominio intrapsíquico de la fantasía, lo que les mantiene unidos, incluso mientras sus diversos estados desligados aparecen en el escenario.

Sostener una pasión de este tipo comporta riesgo. Tal como Benjamin (2003) presentó en el simposio de la IARPP, la auto-regulación que se requiere para manejar la excitación emocional de la intensidad sexual es "fundamentalmente un problema intersubjetivo." Cualquier aumento de la tensión (lo que ella y Stein denominan "exceso") requiere la presencia reguladora y reconocedora del Otro. Cuando esto ha sido inadecuado en la historia de uno, o no funciona en el presente, la transformación puede llegar a ser traumática. El "exceso" vuelve a ser un problema unipersonal, que ha de ser gestionado amortiguando la excitación o bien rompiendo la conexión.

Elise (2003) propuso algo similar en su discusión sobre riesgo relacional:

Bion definió la pasión como la condición en la que dos mentes se encuentran en un contacto emocional profundo. ... Un contacto apasionado durante toda la vida con una pareja, que evoluciona constantemente, es un esfuerzo extremadamente desafiante, y tiene la misma seguridad, estabilidad y garantía de permanencia que un viaje al espacio exterior. Arriesgarse a que "la totalidad del propio self sea agitado de forma insoportable" (Stein 3/3) o sostener "el deseo de hacer añicos las estructuras psíquicas existentes en la presencia de una experiencia relacional particular con el otro" (Frommer 3/4) no es para corazones débiles.

Sostener la pasión en un contexto de intimidad emocional no es algo sencillo (tanto a nivel inter- como intrapsíquico). La familiaridad engendra desprecio, en el sentido de que no hay manera de evitar completamente sentirse abrumado y abandonado en el curso de una relación duradera y, ciertamente, no hay forma de evitar las experiencias habituales de herir

y ser herido. En los casos de alienación sexual, los asuntos de trauma relacional, tanto dentro como fuera de la cama, han de ser resueltos para que se pueda volver a tener seguridad y después olvidarse de ellos felizmente.

Algunas veces uno o ambos miembros de la pareja necesitarán de-construir su huella sexual erótica para que afloren manantiales profundos de deseo. Tal como Frommer (2003) argumentó, esta búsqueda puede activar a menudo vergüenza y miedo, lo cual ocasiona una inhibición erótica. (Estoy asqueado por lo que me gusta/quiero/necesito.) Tanto la seguridad como la aceptación del riesgo son críticos en este contexto si la pareja quiere viajar hacia el espacio donde estas ascuas abrasadoras empiezan a arder, después de lo cual el registro erótico del cuerpo puede de nuevo tomar posesión del proceso.

Sexualidad como Transgresión: ¿El tropo que no podemos evitar?

Aunque dependemos de la ficción del sexo para obtener permiso para "soltarnos", también dependemos de nuestro conocimiento implícito del sexo como ficción para dar el salto dentro de sus incoherencias. Y sin embargo, a pesar de este secreto a voces, todavía queremos tomar el sexo de manera literal. En el simposio de la IARPP, por ejemplo, había una fuerte inclinación hacia la posición de que el sexo eludiría para siempre definición y categorización, simbolización y construcción de significado, que siempre frustraría nuestra comprensión narrativa y normativa. El énfasis se inclinaba en la dirección de la hipérbole, con la sexualidad y sus riesgos descritos como "demoledores", "catastróficos", "traumáticos", "diabólicos" y "mortíferos".

Estos aspectos de la situación erótica son inmensamente importantes y profundos, y probablemente explican su posición privilegiada tanto en la cultura como en la teoría, porque es un dominio distinto de todos los demás. De hecho, gracias a la crítica de la IARPP, me he llegado a dar cuenta de cómo mi argumento relacional apareció demasiado elegante y ordenado, como si con el amor adecuado pudiéramos tener fácilmente toda la aventura y el ser "otro" (otherness) erótico que anhelamos aquí mismo, en nuestro propio hogar. Esta postura, una orientación que Stein (2003) calificó de "ligeramente higienizada y amigable" acaba, según la opinión de Blechner (2003b), "conduciéndonos a explicar más de lo que la teoría relacional puede soportar."

Estoy de acuerdo con la opinión de que "siempre hay algún tipo de desconexión [algo irreconciliable] entre apego y sexualidad" (Stern, 2003), aunque he estado argumentando la posición contraria durante mucho años y en muchos sitios. Y en esto se encuentra uno de los problemas que la discusión de la IARPP finalmente representó a la vez que criticó: la casi imposibilidad de sustentar la tensión entre estos puntos de vista, a pesar del compromiso dialéctico de todo el mundo. La teoría del apego sitúa la búsqueda de la seguridad por encima de todas las otras motivaciones psicológicas, mientras que el psicoanálisis pone el deseo en el lugar privilegiado. Aunque esta partición fue resuelta en sentido abstracto por la moción de Fairbairn, "líbido es la búsqueda del objeto", el tema no está fijado de ninguna manera, ni intelectual o política, ni emocional.

Y sin embargo, ¿qué ganancias hay, cuando claramente hay tanto que perder, dividiendo estas necesidades y experiencias fundamentales? Hay el sexo como una búsqueda individual y experiencia de muerte momentánea, y hay sexo que nos devuelve de la muerte (pérdida) a un sentido de hogar. Hay el sexo que es dirigido (si se me permite) por la necesidad de "soltarse", abandonar nuestros cuerpos y mentes tal y como los conocemos, para dar el salto en el olvido. Y está el sexo dirigido por la necesidad de alcanzar y ser

alcanzado por otro, encontrar y ser encontrado en lo más profundo. ¿Por qué nos pondríamos uno por encima del otro, o nos reduciríamos uno en el otro (como hizo Steve suponiendo que el sexo nuevo y el "viejo" funcionan en las mismas frecuencias y a través de los mismos mecanismos)?

Además, ¿por qué continuamos recayendo en los prejuicios, a la vez obvios y sutiles, cuando pensamos y escribimos acerca de la sexualidad? ¿Por qué todavía nos sentimos inclinados a ver como patológicas las prácticas y deseos sexuales fuera de normas, privilegiando relaciones monógamas a largo plazo por encima de sexo recreacional u otros arreglos sexuales y románticos no convencionales a largo plazo? O, empezando por el otro lado de la partición, ¿por qué tendemos a trivializar buen sexo entre parejas estables viéndolo tan efímero que no resulta nada interesante y por lo tanto no vale la pena formular una nueva teoría? (Esta colección contribuye mucho a rectificar este último problema).

Las divisiones culturales entre los placeres secretos de la noche y los encuentros formales durante el día, entre los géneros de sexualidad "auto-interesados" y "buscadores del otro", entre la posición Real y depresiva, entre el constreñimiento relacional y exceso auto-interesado, entre el trabajo lineal de la teoría y el trabajo creativo de la evocación, ambos necesarios cuando intentamos hablar de sexualidad — todas estas polaridades necesitan ser deconstruidas en lugar de reinscritas.

Pero con la intención de mantener el interés, en mi última moción voy a mantenerme en mi lado de la discusión apuntando a la mitificación de la sexualidad como algo fundamentalmente transgresivo. En nuestro encaprichamiento con lo "erótico como Real", deberíamos recordar que aunque Freud colocó la sexualidad como algo fundamentalmente antisocial y transgresivo, Foucault argumentó que se había convertido en emblema de una nueva forma de subjetividad dócil, producida por una matriz global de prácticas reguladoras, incluyendo psicoanálisis, lo cual consideraba que era el discurso fundacional reconocido de nuestra sociedad terapéutica.

El antagonismo entre eros y apego no es solamente una tensión central en el discurso del psicoanálisis, es también un tropo clave, una característica definitoria de la perspectiva psicoanalítica, a pesar del giro objeto-relacional. Tanto Stein como Mitchell, por ejemplo, que subrayan los aspectos opuestos de las visiones uni- o bi-personales de la sexualidad, comparten la visión de que la sexualidad no puede (¿no debe?) ser domesticada por el paradigma del apego y por el contrario debe servir para detenerlo, quizás incluso para destruirlo. ¿Es este el Libro fundacional que los psicoanalistas nunca podemos tirar? ¿O estamos también representado un tropo cultural que posiciona la sexualidad como el lugar de excesos y desafíos irrepresentables?

Mitchell (2001) fue bastante explícito argumentando en contra del apego como una metáfora de las elaciones amorosas entre adultos, llegando tan lejos como para calificar el apego como "el gran enemigo del erotismo" (p. 83). "Aprendemos a querer en el contexto de la seguridad artificial y necesaria de la infancia temprana," escribió, "y el amor [romántico adulto] busca perpetuamente un tipo de seguridad que elimina [los elementos esenciales que encienden lo erótico:] lo desconocido, lo fantástico, lo peligroso" (p. 46).

Pero parece que Mitchell ha confundido las estrategias necesarias y obvias de la situación de apego por las dimensiones profundas y sutiles de la relación padre-hijo, que son sus auténticos determinantes. La investigación demuestra que la seguridad del apego parece, en realidad, florecer en la vitalidad dinámica del reconocimiento mutuo, en lugar de las atenciones de una madre omni-disponible completamente identificada con las

necesidades del niño (ver Benjamin, 2004). Consideremos también que la seguridad del apego depende no solamente de la sensibilidad y la fiabilidad sino también de la capacidad de la madre para absorber la protesta (Holmes, 1997) y de su "conciencia mental": la habilidad para ver y responder al niño como un ser sensitivo y autónomo, con sus propios sentimientos y proyectos (Coates, 1998; Meins, 1999).

El apareamiento romántico crea una situación de apego comparable en intensidad al drama original del apego, con sus urgencias no moduladas y bienestar profundos. Las parejas no son dos operadores independientes ligados por transferencias mutuas y por los misterios insondables del sexo. En todas partes la investigación y la teoría muestran que las parejas románticas adultas están unidas con la misma intensidad monumental y por las mismas razones esenciales que madres y bebés. "A lo largo de toda una vida," escribió Schore (2005), "estamos biológicamente conectados con aquellos con quienes tenemos una relación cercana. En el núcleo psicobiológico del campo intersubjetivo entre íntimos se encuentra el vínculo del apego de los estados hemisferio cerebral derecho/mente-cuerpo" (p. 18). Los investigadores del cerebro Struss y Alexander (1999, p. 218) escribieron que "el apego está afectivamente impreso en el cerebro," y, en un giro de la frase igualmente memorable, Schore concluyó que la "proximidad al amado tranquiliza el sistema nervioso" (p. 19).

Así pues, el apego adulto no es una metáfora, una analogía, una plantilla o un prototipo —es "eso"— lo auténtico. Si has estado viviendo y durmiendo con tu pareja durante dos años (no debería ser ninguna sorpresa el que sólo nos apegamos a los que tocamos) estáis unidos el uno al otro, sistema nervioso con sistema nervioso, y vuestro estado psíquico es ahora una propiedad conjunta. Puedes no ser feliz, puede no ser bueno, pero como dice la canción, "amamos aquel con quien estamos." Y eso es lo que hay.

Matrimonio y romance solían ser instituciones y experiencias separadas, pero ahora ya no lo son. De hecho, la ansiedad causada por la separación, que nunca desaparece completamente cuando estamos sin aquél que necesitamos, está sobrecalentada por una cultura en la cual la seguridad emocional y práctica sólo se puede encontrar en la estabilidad de un apego romántico. Mitchell argumentó que nadie puede herirte como tu pareja. Pero esto no es primariamente porque nadie te conozca mejor, o porque el trabajo de transferencia haga que los dardos golpeen en tu parte ya herida (ambas cosas ciertas), sino más bien porque tu pareja (para bien o para mal) es tu refugio. En el libro de referencia *Handbook of Attachment*, Hazan y Shaver (1999) escribieron: "Tal como Bowlby conjeturó, los vínculos románticos son la prototípica ejemplificación adulta del apego ... en [todas] las acepciones técnicas [de la palabra]" (p. 336).

La opinión de Mitchell de que el amortiguamiento del amor romántico no es inevitable sino defensivo — que el riesgo de ser dañado enciende la necesidad de negar nuestra vulnerabilidad— es exactamente el argumento hecho por los teóricos del apego, que definen los estilos inseguros de apego como estrategias defensivas ganadoras diseñadas para gestionar y minimizar el dolor del rechazo y la inconstancia.

Lo que hace que las circunstancias del amor romántico adulto sean especialmente peligrosas es que el refugio de uno, la persona que te cura/te regula, es también la que te hiere/te espanta. Sin importar los detalles de la patología, la pareja romántica de cualquiera es una fuente de confort pero también de peligro, la causa y la solución de nuestro dolor. En las relaciones madre-hijo, esta contradicción no resuelta, que refleja habitualmente un trauma maternal no resuelto, puede acabar en el apego desorganizado del niño, una experiencia de "miedo sin resolución" (Main, 1995, p. 410), el espectro horripilante del

pequeño huyendo de la madre y simultáneamente acercándose a ella — corriendo hacia atrás, quedándose paralizado, etc. Pero en la vida adulta, esta circunstancia altamente cargada caracteriza las condiciones ordinarias del amor romántico. Así, Mitchell tenía y no tenía, a la vez, razón. No es que las relaciones amorosas a largo plazo sean peligrosas en lugar de seguras, es que el objeto amoroso de uno = peligro y seguridad.

En el marco teórico de Mitchell, el apego quedó como esta agradable práctica maternal que da a los bebés un buen comienzo. En su opinión, lo veía apropiado para una sala de estar brillantemente iluminada y enmoquetada o, mejor aún, para la situación de laboratorio y la tradición empírica, pero inútil en la habitación oscura, o en el cine, o en los baños públicos. Todos nosotros preferimos pensar que no hay categorías de investigación para lo que hacemos en una situación sexual dura, del tipo "¿cómo hemos acabado aquí, de cabeza abajo y contra esta pared?"

Caracterizando el sexo como algo opuesto al apego constituye el choque más duro entre las comodidades domesticadas y los controles ocultos de mamá y nuestro desafío ilusorio en contra durante aquellas breves excursiones en la cuarta dimensión. El deseo de separar eros y apego, de poner la madre ambiental en la cocina y la madre objeto en la mazmorra, viene de nuestra necesidad de constituir el sexo en un relación de desafío al aprovisionamiento y la necesidad. Tenemos miedo de ser castrados si nos permitimos saber que estamos jugando a demonios pero pronto queremos que vuelva mamá, incluso si es ahora en forma de mirar las noticias. Al separar la sexualidad de la dependencia y la necesidad podemos desplegar el sexo (en teoría y en la vida misma) como una defensa maniaca.

REFERENCIAS

- Bataille, G. (1986), *Erotism: Death and Sexuality*, New York: City Lights.
- Benjamin, J. (2003a), Beyond doer and done to: An intersubjective view of thirdness. *Psq. Inquiry*, 73:5–46.
- Benjamin, J. (2003, March 9), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Bersani, L. (1995), *Homos*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Blechner, M. (2003a, March 3), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Blechner, M. (2003b, March 7), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Coates, S.W. (1998), Having a mind of one's own and holding the other in mind: Discussion of "Mentalization and the changing aims of child psychoanalysis" by Peter Fonagy and Mary Target. *Psychoanal. Dial.*, 8:115–148.
- Davies, J. M. (2004), Falling in love with love: Oedipal and postoedipal manifestations of idealization, mourning, and erotic masochism. *Psychoanal. Dial.*, 13:1–27.
- Dimen, M. (2003a), *Sexuality, Intimacy, Power*. Hillsdale, NJ: The Analytic Press.
- Dimen, M. (2003b, March 10), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Elise, D. (2003, March 5), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Fairfield, S. (2003, March 9), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Fisher, H. (2004), *Why We Love: The Nature and Chemistry of Romantic Love*. New York: Henry Holt.
- Frommer, S. (2003, March 4), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Gerson, S. (2002), Can love begin? The enlivening transference. Paper Presented to Invited Panel, IARPP Inaugural Conference, New York.
- Ghent, E. (1990), Masochism, submission, surrender: Masochism as a perversion of surrender. *Contemp. Psychoanal.*, 26:108–135.
- Goldner, V. (2002), Eros and safety: Another view of Stephen Mitchell's *Can Love Last?*, Paper Presented to Invited Panel, IARPP Inaugural Conference, New York.
- Goldner, V. (2004), Attachment and eros: Opposed or synergistic? *Psychoanal. Dial.* 14:381–396.

- Hazan, C. & Zeifman, D. (1999), Pair bonds as attachments: Evaluating the evidence. In: *Handbook of Attachment*, ed. J. Cassidy & P. Shaver. New York: Guilford, pp. 336–355.
- Holmes, J. (1997), Attachment, autonomy, intimacy: Some clinical implications of attachment theory. *Brit. J. Med. Psychol.*, 70:231–248.
- International Association for Relational Psychoanalysis and Psychotherapy. (2003), What happens when love lasts? An exploration of intimacy and erotic life. IARPP Online Colloquium Series No. 2.
- Main, M. (1995), Recent studies in attachment: Overview, with selected implications for clinical work. In: *Attachment Theory: Social, Developmental and Clinical Perspectives*, ed. S. Goldberg, R. Muir & J. Kerr. Hillsdale, NJ: The Analytic Press, pp. 407–474.
- Meins, E. (1999), Sensitivity, security and internal working models: Bridging the transmission gap. *Attachment and Human Devel.* 1:325–342.
- Mitchell, S. A. (1997), Psychoanalysis and the degradation of romance. *Psychoanal. Dial.*, 7:23–41.
- Mitchell, S. A. (1998), Reply to commentary. *Psychoanal. Dial.*, 8:561–572.
- Mitchell, S. A. (2001), *Can Love Last?* New York: Norton.
- Munder Ross, J. (1991), Apsychoanalytic essay on romantic, erotic love. *J. Amer. Psychoanal. Assn.*, 39S:439–475.
- Ogden, T. (2004), The fate of romance over time. *Psychoanal. Dial.*, 14:373–379.
- Orbach, S. (2004), Beyond the fear of intimacy. *Psychoanal. Dial.*, 14:397–404.
- Perel, E. (2006), *Mating in Captivity: Reconciling the Erotic with the Domestic*. New York: Harper Collins
- Person, E. (2005), Love, forgiveness and betrayal. Plenary address at the NAAP annual conference, October, 2005.
- Schore, D. (2005) Psychoanalytic research: Progress and process notes from Allan Schore's groups in developmental affective neuroscience and clinical practice. *Psychologist-Psychoanalyst*, 25:18–19.
- Slavin, M. (2003, March 7), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Stein, R. (1998), Passions friends, passion's enemies: Commentary on paper by Stephen A Mitchell. *Psychoanal. Dial.*, 8, 547–560.
- Stein, R. (2002), Can love last: The fate of romance over time. Paper Presented to Invited Panel, IARPP Inaugural Conference.
- Stein, R. (2003, March 3), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Stern, D. (2003, March 7), Message posted to the IARPP Colloquium at URL.
- Stoller, R. (1979) *Sexual Excitement: Dynamics of Erotic Life*. New York: Pantheon.
- Stuss D. T. & Alexander M. P. (1999), Affectively burnt in: One role of the right frontal lobe? In: *Memory, Consciousness, and the Brain: The Talin Conference*, ed. E. Tulving. Philadelphia: Psychology Press, pp. 215–227.
- Wrye, H. (2002), Discussion of panel papers on Memorial Panel on Stephen Mitchell's *Can Love Last*, paper presented at IARPP Inaugural Conference, January, 2002.

NOTAS

¹ Publicado originalmente como: Goldner, Virginia (2006). "Let's Do It Again": Further Reflections on Eros and Attachment', *Psychoanalytic Dialogues*, 16:6, 619-637. Publicación on-line: 5 de Abril de 2007. Reproducido y traducido con permiso de la autora y de la editorial propietaria de los derechos (Taylor & Francis, <http://www.informaworld.com>). Traducción castellana de Conxita Vidal-Coll y Maite Jordan revisada por Carlos Rodríguez Sutil.

² Virginia Goldner es Editora Fundadora de *Studies in Gender and S* (Estudios de Género y Sexualidad) y Editora Asociada de *Psychoanalytic Dialogues*. Es miembro de la Junta Directiva de la Asociación Internacional para el Psicoanálisis y Psicoterapia Relacional y profesora en el Programa Postdoctoral en Psicoterapia y Psicoanálisis de la Universidad de Nueva York. Dirección de contacto: 102 E. 22nd St. New York, NY 10010 vgoldner@aol.com